

UN OSO EN EL TECHO

Por **Roberto Natiuk**

RONDA, Susana y Nancy reían mientras jugaban a las escondidas cerca de su casita de troncos. Ronda contaba, mientras Susana y Nancy corrían a esconderse entre unos arbustos que había al borde del patio. Pensando que a Ronda le sería muy difícil descubrirlas, las dos niñas cuchicheaban y reían por lo bajo.

No muy lejos de allí un oso gris las estaba observando. El oso había venido del otro lado de la montaña en busca de alimento. En aquel lugar él no conocía el peligro. No

tenía la menor noción de lo que eran la gente y las casas. De modo que ahora, oculto en la sombra de los grandes pinos, observaba sumamente curioso a las niñas que jugaban.

Ronda abandonó "la piedra libre", o sea el lugar donde había estado contando, y comenzó a buscar a sus dos hermanas menores. Se encontraba en el extremo del patio cuando las dos niñas corrieron y, tocando el lugar convenido, gritaron "Piedra libre".

El oso se acercó un poco más, pero todavía se mantuvo oculto entre los árboles.

De pronto la madre de las niñas apareció en la puerta de la casita.

-Chicas. Es hora de entrar -llamó.

-¿Ya? -preguntaron las niñas al unísono, mirando hacia el oeste.

El sol seguía brillando bastante alto en el cielo. Pero en esa región, cerca del círculo polar ártico, durante el verano, de "noche" el sol apenas baja un poco sobre el horizonte.

El oso observó a las niñas que entraron en la casita. Luego se sentó y se rascó la oreja y dio algunos manotones para espantar las mosquitas que lo molestaban.

Ciertos aromas procedentes de la casita fueron llevados por la brisa, y el fino olfato del oso los percibió. Parándose sobre sus

patas traseras, comenzó a olfatear. Levantándose cuan alto era, dirigió la nariz hacia el lugar de donde procedían los tentadores aromas. Notó también que el humo que salía de la chimenea iba en la dirección donde él estaba. Pero el olor del humo no le gustaba. En cambio el aroma de los alimentos lo ponía fuera de sí. Pensando en ellos, comenzó a relamerse.

Poco después las sombras comenzaron a alargarse, y en la casita que estaba en el claro del bosque, todo quedó en silencio. El gran oso se acercó un poco más, deteniéndose de vez en cuando para olfatear el aire. Dio una vuelta alrededor de la casa y, acercándose aún más, se paró sobre las patas traseras y miró por una ventana. Era la venta del cuarto donde dormían las niñas.

Ronda estaba acostada en la litera de más arriba, somnolienta pero no dormida. De pronto oyó un rasguño en la ventana y se volvió a ver qué pasaba. Y allí, en su ventana, vio la cara del oso que se estaba asomando en ese momento.

-¡Mamá! -gritó Ronda y sentándose en la cama, se tapó con las cobijas hasta la nuca.

La madre acudió al cuarto y vio que Ronda estaba mirando.



-¡Mira! ¡Un oso! -murmuró Ronda en voz apenas audible.

-Si papá estuviera aquí con el rifle... -le respondió en un susurro la madre de Ronda.

-El oso no puede entrar por la ventana, ¿verdad? -preguntó Ronda.

-No, pero hagamos algo con la puerta. No tiene tranca, de modo que será mejor que arrimemos alguna cosa contra ella -sugirió la madre, tratando de mantenerse calmada.

Ronda saltó de la cama y siguió a la madre hasta el otro cuarto. Se frotó los brazos porque se le había hecho la piel de gallina.

-Ven -dijo la mamá-, ayúdame a empujar contra la puerta la máquina vieja de lavar.

Y entre las dos empujaron y tiraron hasta que la vieja lavadora quedó arrimada a la puerta.

Apenas habían terminado de dejar allí la máquina, cuando Ronda y la mamá oyeron que el oso llegaba y entre gruñidos, comenzó a golpear y a rascar la puerta.

Ronda se apoyó contra la máquina y dijo en voz ahogada:

-¡Es un oso grande! Sigamos empujando la máquina contra la puerta.

En eso llegó Nancy frotándose los ojos.

-Mamá, ¿ha venido alguien a visitarnos?

Susana siguió los pasos de su hermana Nancy. Cuando vio la máquina de lavar contra la puerta y a Ronda y a la mamá empujándola, abrió tamaños ojos.

-¡Es un oso! -explicó Ronda-. Ayúdennos a mantener la máquina arrimada a la puerta.

Durante un instante la madre cerró los ojos y pronunció una corta oración: "Oh Señor -y las niñas oyeron las palabras que salían en un susurro-. Protégenos. Aleja al oso"

Entonces se sintió un fuerte empujón contra la puerta, y la máquina se movió un poquito. Luego se sintió otro. Al fin todo quedó en silencio.

-Tal vez se fue -se aventuró a decir Susana.

-No, escuchen -dijo Ronda-. Se está subiendo al techo de la casa. ¿Lo oyen?

El oso gris se subió al techo y se fue acercando a la chimenea, pero las piedras de la misma estaban calientes y lo ahuyentaron de allí.

Siguió caminando de un lado a otro por el techo. De pronto se produjo un silencio.

-¡Allí está! -gritó Ronda señalando la ventana que estaba frente a la puerta. Sí, allí estaba el oso gris espiando por la ventana, pero esta vez lo hacía desde el techo y, por supuesto, mirando suspendido cabeza abajo.

El oso dio un manotón al vidrio de la ventana y éste se hizo trizas. Luego, disgustado, dio varios zarpazos a las tejas, arrancando algunas que cayeron al suelo.

-Se está enfureciendo -sollozó Ronda-. ¿Qué haremos?

El oso volvió a cruzar el techo como si hubiera querido ir de nuevo a la puerta. De pronto se oyeron a la distancia ladridos de perros. Entonces, el oso saltó del techo y se encaminó hacia el bosque. Dos perros de pastor alemanes, de un campamento que estaba unos dos kilómetros, llegaron en ese momento al claro del bosque y persiguieron al oso. Este se detuvo con la intención de atacarlos, pero los perros se mantuvieron a una distancia prudencial para evitar que el oso los alcanzara con sus garras. Pero los perros, aunque a distancia, no dejaron de acosarlo. El oso siguió andando y finalmente desapareció.

-¡El oso se fue! ¡El oso se fue! ¡Los perros lo echaron! -gritaron las niñas menores muy excitadas.

Pero Ronda levantó la vista y miró a la mamá. Juntas inclinaron entonces la cabeza y agradecieron a Dios porque él había escuchado la oración de la mamá y había alejado al oso.